



Agonía

Pequeño moreno

Bailaste pequeño moreno al son de la matraca

Bailaste con garbo y cadencioso ritmo

Bailaste entregando tu esfuerzo y tu espíritu

Bailaste misceláneo de heleno y guapo mestizo

Bailaste firme al fulgor de un sol andino

Bailaste con tesón y sudor en la frente

Bailaste altivo y pisanado fuerte

Bailaste cargando tu pesado atuendo

Bailaste pequeño moreno con la sonrisa en los labios

Bailaste alegre, orgulloso con el corazón alborozado

Bailaste entre serpientes dragones y hormigas

Bailaste entre reyes, chinas, achachis y cholitas

Bailaste por las calles de tu adoptado pueblo

Bailaste con el corazón de antaño minero

Bailaste pequeño moreno, gringo y a la vez orureño

Bailaste haciéndote dueño de un carnaval extranjero.

El poema "Pequeño Moreno" es inspiración de Jorge Laserna Vargas, compuesto en memoria de su hijo Andrés Laserna, nacido en Suecia, quien durante tres años consecutivos participó devotamente en el Carnaval de Oruro, ciudad a la que adoptó como suya.

Hacia varios días que Esmélida estaba distinta: apagada su risa, los ojos huidizos y la palabra avara...

- Mi amor - le dijo Bernardo medio en serio y medio en broma - ¿Por qué me niegas la miel de tu mirada? ¿Qué tienes? ¿Estás enferma?

Y ella le respondió:

- Sí, lo estoy, aunque no es nada serio. Ya pasará.

No pasó. Las dos veces que Bernardo había entrado en la secretaría de la imprenta para verla, la encontró tensa, con el gesto severo, como presta a responder a una agresión. Al mirar a Bernardo, los ojos de la joven adquirieron la brillantez del rocío.

- ¿Sigues delicada? ¿Qué te duele? - la interrogó sin obtener respuesta.

Entonces le dijo: - A la salida del trabajo, hablaremos...

Sin embargo, contra su costumbre, ella no lo esperó.

Al día siguiente el joven vio sobre el escritorio de Esmélida un recorte de periódico con avisajes de trabajo.

"Quiere irse de aquí y no me dijo nada", pensó Bernardo. "¿Por qué? ¿Qué la lleva a buscar una separación? ¿Se habrá enamorado de otro? ¿Quién es él? ¿Ya no me ama?"

Mil preguntas se atropellaban en su cerebro; entonces se propuso espiarla cada tarde cuando salía del trabajo. Todo fue en vano. Ella caminaba directamente a su casa con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza alzada... Pero él intuía que muy dentro, alguna pena se desataba en tormenta.

Pasaban los días y a Bernardo le parecía imposible reconocer en Esmélida a la mujer que hasta hacía poco, era poseedora de una vertiente de risas. A la novia que tantas veces le dijera: "¿Sabes? yo sólo vivo para las tardes en que te miro a los ojos y me coges las manos y repites que me amas y yo murmuro, te adoro..."

Y Bernardo le respondía:

- Dios hizo el día y la noche para todos; pero las tardes las creó para nosotros.

Una mañana, al llevar una prueba de página para mostrarla a don Carlos, el dueño de la imprenta, encontró a Esmélida sola en su oficina: los dedos olvidados en las teclas de la máquina, mirando un punto perdido en el espacio... El joven se le acercó en puntas de pies y, sorpresivamente, la tomó de los hombros. Ella rápida como un felino, alzó el cortapapeles y lo hubiera hundido sin miedo en el cuerpo de su amado si él no la detenía a tiempo.

Este hecho fue anotado como los otros para los cuales buscaba una causa, una explicación que disolviera las nieblas. Entonces tomó la resolución de hablar sin rodeos, de arrancar la inquietud que lo atoraba como una mano asfixiante e inaprensible.

La oportunidad llegó una tarde. Estaban los dos atrapados en un silencio incómodo al que un grillo trituraba en la medida justa para que su desazón fuera creciendo.

Las sombras se alzaban como sierpes desde todos los rincones llenando de tiznes el patio. La luna que apareció de improviso quedó enredada en la parra como un farol funerario.

Dos fuerzas pugnaban en el alma de Bernardo: Su hombría que lo impulsaba a conocer la verdad y su amor interesado en comprender la pena de su amada sin herirla con preguntas. Al final venció la primera y habló.

- Dime Esmélida, ¿qué debo entender de tu cambio inmotivado? ¿Se acabó tu amor? Yo recuerdo que te gustaba amontonar sueños, cuidarlos para que alcen vuelo y aniden allá en el cielo de nuestra esperanza. Ahora, agostados, los veo caer hecho pedazos... ¿Ya no me amas?

- ¡No digas eso! - respondió Esmélida sellando con sus dedos la boca de su novio - ¡Te amo! ¡Te amo tanto...! Y sin embargo... es cierto... mis ilusiones se tomaron en cenizas. Ya no podemos casarnos; tengo herida el alma y llevo en mí algo que sólo debiera ser tuyo: un hijo.

Un balazo hubiese hecho menos estragos en el corazón de Bernardo. Sintió que una llamarada lo envolvía... Alzó sus manos como canutos de hierro y los cerro en la garganta de Esmélida; después apretó... apretó... ¿En qué momento detuvo sus impetus? No lo supo. Cuando volvió en sí; ella tenía el rostro amoratado y unas lágrimas espesas lo surcaban. Ni un grito se le había escapado de su boca, ni un sollozo. Tan rápido y silencioso fue todo, que la abuela - que trajinaba en la cocina - no se enteró de nada.

Mucho después Esmélida le relató con voz cansada: